

LA LEYENDA DE LA ISLA DE SAN BORONDÓN EN LOS TESTIMONIOS DE LOS ARCHIVOS DE VENECIA

Anna Bevilacqua
Massimo Dall'Agnola

En la época de la Edad Media tardía que precedió a la época de los grandes viajes de exploración, casi todo lo que se conocía acerca de las islas y los archipiélagos atlánticos derivaba de una extraña fusión entre tradiciones folklóricas, fábulas y leyendas cuyo origen se encontraba en las mitologías celta, griega y romana, a las cuales se añadieron aportes procedentes del repertorio de leyendas de los antiguos pueblos escandinavos.

El mito de la existencia de la isla de San Borondón se interseca en muchas ocasiones con el, mucho más indeterminado, de la Isla (o islas) de los Beatos, nombre que, según la tradición clásica, indicaba justamente el archipiélago canario, aunque de manera posiblemente genérica y aproximada. La Isla de los Beatos es, por tanto, un lugar que siempre ha alimentado la fascinación en las mentes de los europeos desde la Antigüedad Clásica, unas veces como lugar de delicias, y otras como sede de las almas.

Islas de este género se pueden definir *topos*, y hay muchas referencias literarias de este tipo. Basta con citar como ejemplo las Islas de los Celtas de las que habla Procopio en el siglo VI, donde las almas de los muertos son destinadas a ser transbordadas sobre barquitos aparentemente vacíos, tema utilizado también por Dante en *La Divina Comedia*, signo evidente de que se trataba de una leyenda muy difundida en el mundo de la Edad Media.

Pero la busca de la isla (o archipiélago) de los Beatos representa, sobre todo, la búsqueda afanosa de algo de lo cual no podemos comprender el fin último, o sea la necesidad de un refugio ideal, tal vez también para salvarse de uno mismo, en el sentido filosófico. Otras veces, en un sentido más concreto, un refugio para salvarse uno del turbulento y violento mundo de aquellos tiempos medievales.

Entre las numerosas leyendas de la Edad Media que se refieren, con diferentes matices, a islas míticas y felices, debemos recordar también la de la Fuente de la Eterna Juventud, que no por casualidad se sitúa en el contexto de una isla leyendaria en medio del océano.

Durante el curso de los siglos y entre la gran mayoría de los pueblos antiguos, muchos esperaron en vano encontrar un “elixir” de larga vida, o algo que pudiera asegurar la vida eterna o quizás algo semejante, como por ejemplo la eterna juventud. Aun aceptando la idea de la muerte, se podía vivir una vida perennemente digna de vigor y esplendor, sin la humillación del envejecimiento.

Todo eso se integraba a su vez con los varios cuentos, más o menos soñadores o exagerados, de viajeros y marineros que habían osado alejarse de las conocidas y usuales rutas comerciales. Así ocurrió en el caso del veneciano Alvise Da Mosto, casual descubridor de las Islas de Cabo Verde: a menudo las tempestades empujaban a los navíos fuera de sus

rutas y, aun cuando no naufragaban, le hacían llegar a costas desconocidas, todavía no dibujadas en mapas.

Es cierto que por mucho tiempo fueron numerosos los navegadores que juraron haber visto efectivamente la mítica isla, llegando incluso a apuntar la posición, así que el deseo de tomar posesión de esa tierra en nombre de un monarca europeo siguió alimentando continuamente la leyenda con nuevos aportes, hasta influir en los cartógrafos más escrupulosos.

Por eso aun cuando la observación directa tomaba el lugar de la leyenda, la presencia de islas fantasma siguió siendo una componente esencial de la cartografía, sobre todo en los siglos desde el XII hasta el XVI.

La *Navigatio Sancti Brendani Abbatis*, es decir, el cuento del viaje de San Borondón y de sus monjes, empezó ser compilada en forma escrita entre el comienzo del siglo X y la primera mitad del XI, aun cuando el santo ya había fallecido alrededor del año 577 o 578 (el 16 de mayo), más de dos siglos antes: este texto nos ha llegado en distintas versiones, tanto en idioma latino como en antiguo irlandés,¹ pero se ha discutido mucho sobre su efectivo significado, también porque sus interpolaciones fueron numerosas, así como el número de los autores a los cuales van atribuidas. Esta obra contiene entonces los informes de viajes hechos en distintas épocas, y puede ser que tenga que ser interpretada como una especie de “atlante” en forma literaria, puesto que resume todas las pocas e inciertas noticias que en aquella época se poseían acerca de las regiones más septentrionales del Atlántico. A todo eso se añaden también integraciones procedentes de mitos celtas fuertemente arraigados en la tradición irlandesa pre-cristiana.

En la *Navigatio* se incluye un episodio de clara derivación celta, donde se narra que la tripulación de eclesiásticos llegó a una isla donde vivía un eremita que por treinta años se había sustentado gracias al pescado traído por una nutria. En la mitología nórdica encontramos una figura muy similar: el poderoso brujo Hreidhmarr tenía un hijo llamado Otr (‘nutria’), quien poseía la capacidad de convertirse en la forma de cualquiera ser viviente, pero generalmente prefería vivir en los ríos en forma de nutria porque de tal manera podía conseguir pescado en gran cantidad.

Durante los siete años del viaje los monjes invernaron en muchos lugares, pero el texto dice que cada vez que tomaban otra vez sus ruta por el Oeste ellos esperaban el solsticio de verano (21 de junio), el apogeo solar del hemisferio norte. Éste es un elemento extraño en la tradición cristiana, pero fuertemente arraigado a los ritos celtas de la Edad del Bronce y a los monumentos megalíticos que señalaban los movimientos celestes y los enlaces astronómicos.

Entre todas las versiones de la *Navigatio*, la que se considera la más pura y fiel al original se escribió en latín alrededor del año 800 y luego fue traducida al inglés por John O’Meara y se publicó en Dublín solamente en 1978. Así como en las Sagradas Escrituras, en este texto aparecen frecuentemente los numeros sagrados de la tradición bíblica, es decir 3, 7, 12 y 40.

Por lo tanto el problema es establecer cómo tenemos que interpretar la obra: ¿se trata de un cuento soñador y místico con fuertes contenidos simbólicos o de la rendición, aún alterada, de una navegación concretamente hecha en los primeros siglos del cristianismo? ¿Es un itinerario espiritual que se aprovecha de metáforas de tipo apocalíptico o es una trasposición en ambiente atlántico en busca de una nueva Tierra Prometida? ¿O posiblemente se trata de una adaptación literaria de las hazañas de los Caballeros de la Tabla Redonda personalizados

esta vez por monjes, salidos desde una especie de Avalon espiritual a la busca de un Grial inmaterial? ¿Es un viaje de hombres o solamente de sus almas? ¿En fin, aplicando los principios de la psicología junguiana, muchos elementos fantásticos o extravagantes se podrían asociar con semejantes arquetipos, revelándonos la posibilidad de una interpretación más diferente y nueva.

El monje Brendon es un personaje que verdaderamente existió, que vivió entre el 483 (o 489) y cerca del 577. Nació en el extremo sur de Irlanda, en el territorio hoy llamado condado de Kerry, y posiblemente sus parientes se murieron poco después de su nacimiento, puesto que solamente a los dos años de edad fue adoptado por un obispo del lugar, Eirc, y una mujer, Ita; los dos se convirtieron luego en santos. Entonces la figura del infante Brendon pronto empezó mostrándonos tonos místicos. Efectivamente en el *Lives of Saints*, una recogida hagiográfica probablemente escrita entre los siglos IX y X e incluida en una obra más amplia llamada *The Book of Lismore*, también se habla de este mismo nacimiento como de un hecho milagroso, por eso esto también podría explicar la prematura desaparición de sus verdaderos parientes, para parecerse más a Jesús y, como él, tener un padre putativo. Además hay quien piensa que el nombre del obispo es la deformación de *Eriu*, la diosa celta que dio el nombre de Eire a Irlanda.

Y en el mismo nombre del santo también encontramos elementos milagrosos, porque en dicho texto se cuenta que cuando fue bautizado se manifestó una presencia divina bajo una ligera niebla, por eso se le dio el nombre de *Brendon* (latinizado en *Brendinus*), desde el antiguo irlandés *bræn* (rociada) y *dian* (que se cae desde el cielo). Pero en este sentido se inserta una leyenda celta que habla de un hombre llamado *Breasal*, otras veces mencionado con un nombre mucho más largo, *Bresal Echarlam mac Echach Baethlaim*, que podría significar algo como “Supremo Rey del Mundo”, un héroe mítico de la tradición celta: como a menudo ocurre en la historia en presencia de mitos paganos anteriores, el Cristianismo se sobrepuso a éstos, absorbiendo los personajes y las situaciones bajo forma de leyendas cristianas, generando el personaje casi legendario de San Bresal, quien se creía que había vivido alrededor de 480. Tenemos que recordar que una de las divinidades más importantes de los Celtas se llamaba *Brenos*, sucesivamente convertido en *Brian*.

Fue ordenado monje en el 512, a la edad de 25 o 29 años, y según se convirtió en monje pronto empezó recogiendo discípulos, luego fundó el monasterio de Ardfert, en la cercanía de la ciudad hodierna de Tralee, siempre en el condado de Kerry. Ésta se convirtió entonces como la base de salida para toda una serie de viajes finalizados por la evangelización de las islas situadas al extremo norte del Atlántico: las Hébridas, las Shetland, las Orkneys e incluso las lejanas Fär Ør. Posiblemente algunos de ellos también pudieron llegar hasta Islanda, conocida desde la Edad Clásica bajo el nombre de *Thule*, como recuerda Torriani en su crónica, citando los versos de la *Medea* de Séneca.

Pero la actividad de Brendon y de sus compañeros fue intensa también en la misma Irlanda, donde se fundaron numerosos conventos: desde uno de éstos, llamado Clonferr (lugar identificado hoy día en el condado de Galway, en la costa centro-occidental) tomó inicio y fin la principal aventura de Brendon, un viaje que duró siete años y que luego dio origen al así llamado cuento de la *Navigatio*, posiblemente integrando episodios novelados de los viajes marítimos realizados por los Vikingos.

Durante el viaje, Brendon y sus monjes celebran la Pascua de Resurrección siete veces y por eso, según la voluntad de Dios, cada año regresan al mismo lugar, constituido por dos islas

cercanas, una poblada solamente por pájaros y otra solamente por ovejas. Éstos podrían ser dos elementos sacados de textos de autores clásicos y que se refieren probablemente a Canarias. En particular acerca de la Isla de las Ovejas se dice que “las ovejas son más grandes que terneros, todas blanquísimas”, por eso podría tratarse de una alteración medieval de la *Naturalis Historia*, donde Plinio *el Viejo* habla de la isla de Capraria (Fuerteventura), a su vez aquí fundida con el episodio homérico de la Isla de Cíclopes, donde se afirma que Ulises “llegó a una isla fértil y selvosa que parecía poblada solamente por innumerables cabras salvajes y mató muchas de esas para banquetear con sus carnes”. En el caso de Brendon las cabras se convierten necesariamente en ovejas, al fin de poder servir como *agnulus* para la comida pascual.

Por su parte, el relato de la Isla de Pájaros también podría derivar del recuerdo de cuentos de marineros llegados a Canarias en tiempos antiguos, cuando la gran variedad de aves representaba una de las características de la fauna del Archipiélago.

A esta pareja de islas se añade el elemento cristiano, es decir, una tercera isla que entonces llama la atención al concepto de la Trinidad y, en relación a la Semana Santa alude a la imagen de las tres cruces del Calvario: pero en realidad no se trata propiamente de una tierra, sino de la espalda semi-emergida de una ballena. Esta “isla” es llamada *Jasconius*, palabra del irlandés antiguo que significa ‘pescado’.

Probablemente se deseaba evocar el trozo bíblico de Jonás: él fue echado a la mar (sacrificado) para la salvación de toda la tripulación en peligro. Igualmente los monjes sacrifican sobre una ballena el cordero pascual para la salvación de almas y para poder proseguir su santa peregrinación.



El pez-monstruo Aspidochelone, desde un bestiario medioeval de Oxford (siglo XIII).

A esto se añade otro trozo de la *Navigatio*, donde se narra que el barco de los monjes un día llegó bajo las cuevas oscuras (es decir volcánicas) y rocosas de una isla que se levantaba sin ofrecer ninguna posibilidad de arribo, pues los monjes necesitaron tres días para encontrar un sitio apto para tomar tierra: aun siendo la descripción muy indeterminata, podría muy bien aludir a La Palma, a La Gomera o posiblemente a Madeira. En otro lugar de la narración se habla de una isla donde hay una montaña con la cima humante y tan alta que se confundía entre las nubes, una imagen que parece inevitablemente la del Teide. De cualquier forma la honestad científica nos obliga a admitir que islas con características semejantes pueden pertenecer también a latitudes más septentrionales del Atlántico, especialmente en la región de Islanda, donde islas volcánicas y humantes no son tan raras. En efecto algunos investigadores creen que la Isla de las Ovejas puede ser correctamente identificada en el grupo de islas de las Fär Ør, donde los Normandos introdujeron estos animales ya desde el siglo IX, y donde este nombre podría derivar de la palabra danesa *fær*, que precisamente significa oveja. Igualmente, la numerosa presencia de aves marinas de muchas especies contribuye además a la posibilidad que la Isla de los Pájaros perteneciera al mismo ambiente subártico. En el fondo permanece el hecho de que las descripciones contenidas en la *Navigatio* sean extremadamente genéricas e imprecisas, por lo tanto todas las hipótesis son posibles.

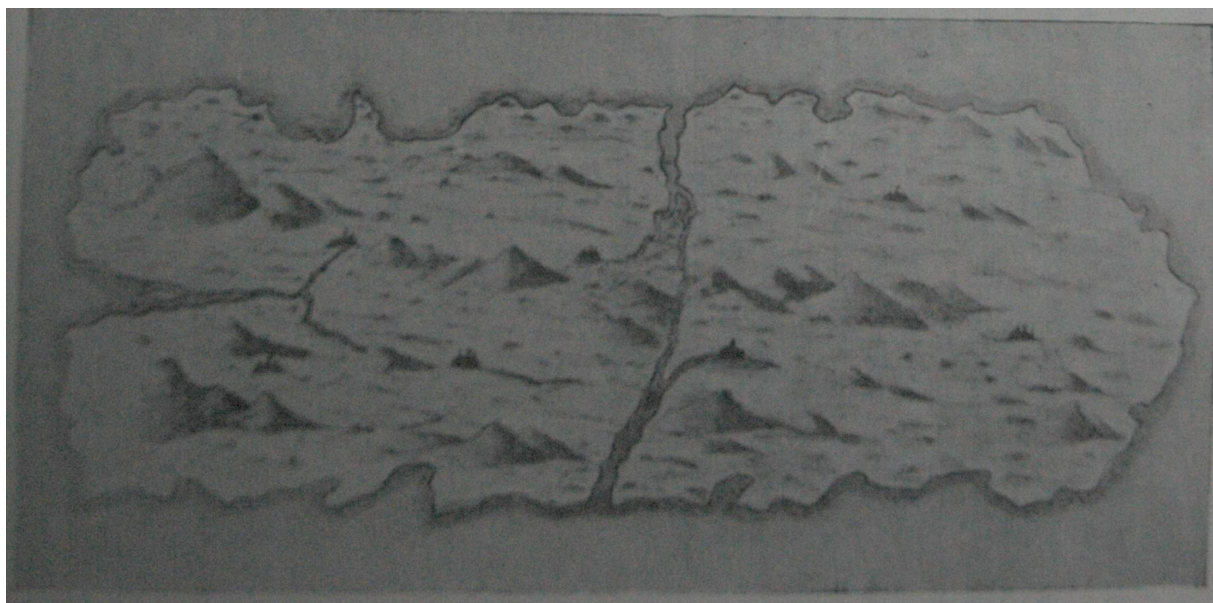
Gran cantidad del conocimiento geográfico de la Edad Clásica fue muy deformado durante los siglos oscuros de la Edad Media: entonces hubo una regresión o una mayor confusión respecto a las cogniciones adquiridas por la cultura clásica. Muchas leyendas confluyeron desordenadamente, mientras que numerosos textos que habrían podido aclarar los hechos fueron traducidos mucho después.

En torno a 1200 el abad Gervasio de Tilbury, rector del monasterio benedictino de Ebstorf (Alemania), escribió un tratado de cosmología titulado *Otia Imperialia* y dibujó un planisfero que tendía que recoger todo el conocimiento geográfico de esa época. Para realizar los dos trabajos se aprovechó de obras anteriores, sobre todo de *De Imagine Mundi* de Honorio de Autun, un compendio geográfico escrito más de un siglo antes, compilado en base a lo que se había conservado de los antiguos conocimientos clásicos: además de las Islas de las Gorgones y de las Islas de Hespérides (es decir, Canarias), Honorio también habla de la conocida “Isla Perdida”, que se podía encontrar solamente por casualidad, es decir, *teniendo suerte* (siendo *afortunados*), así fue cómo la isla empezó ser asociada al archipiélago de las Fortunatæ Insulæ. Consultando la obra de Gervasio, esta isla es colocada entonces en una baja latitud: a su vez este mapa constituyó la base para otro, realizado en torno al 1290, el mapa de Hereford, donde a lado de Canarias aparece la nota “*Fortunatæ Insulæ sex sunt Insulæ Sct. Brandani*”. Ahora ya se había consolidado el error.

Aproximadamente setenta años después, en 1367, en orden cronológico encontramos el mapa de los hermanos Francisco y Domingo Pizigani: los cincuenta años antecedentes habían sido fundamentales para un profundo conocimiento de Canarias; la definitiva conquista europea ya era inminente, por eso ya no se podía admitir que la isla de San Borondón pudiera ser incluida en el Archipiélago, entonces resulta que se trasladó liberamente más al Norte, identificándose entonces con Madeira. Para eliminar cada duda eventual los dos cartógrafos dibujaron sobre el mapa el perfil del santo y la denominación *Ysola de S. Brendany*.

Mapa Pizigani (1367)	Nombre moderno
Lançaroto	Lanzarote
Louno Marin	Isla Los Lobos (*)
Ysola de Canarie	Gran Canaria
Ysola de Claire	La Gomera (?)
Ysola de Inferno	Tenerife
Ysola de Palmer	La Palma
Ysola Forte Ventura	Fuerteventura
(*) Curiosamente se cita el islote de Los Lobos pero se ignora la existencia de Graciosa, y además tenemos que notar la total ausencia de El Hierro.	

En la crónica de Leonardo Torriani ocurre, probablemente por primera vez, una fusión entre dos islas legendarias. Por un lado, la de San Borondón, por otro la de una tierra de más grande extensión, cuya posición era extremadamente indefinida: esta isla era llamada Antilia. Aún igualmente quimérica, se trataba entonces de una tierra que se imaginaba ser completamente diferente, pero en cierto momento las dos islas fueron confundidas la una con la otra, hasta el punto de que el capítulo dedicado a este asunto fue titulado por Torriani “De la isla Antilia o de San Borondón, que non se halla”: parece evidente que se trata de una sola isla, con dos denominaciones diferentes, “que non se halla”, porque si fueran concebidas como dos tierras distintas se habría dicho “que non se hallan”. En este capítulo de su obra el ingeniero demuestra que no posee cogniciones particulares sobre las dos islas misteriosas, por eso confía completamente en las fuentes y en los informadores que tenía a su disposición, quienes lo conducen hasta confundir en una única isla la de Antilia y la de San Borondón, mientras que en su época todos las consideraban como dos tierras distintas, como se ve claramente en los mapas contemporáneos.



Efectivamente, muchas de las historias relacionadas a islas fabulosas situadas en medio del Atlántico se mezclan con la leyenda de Antilia o Antilla, también conocida como la Isla de las Siete Ciudades. Parece que el origen de esta misteriosa tierra se remonta a la alta Edad Media, a la época del dominio visigodo sobre la Península Ibérica. Después de la caída del reino bárbaro y de la invasión de los moros se narra que siete obispos se fueron de España hacia Portugal, de donde embarcaron en dirección de una isla llamada precisamente Antilla, que

habría representado un refugio seguro para la continuación del cristianismo. Se conocen diferentes versiones de este cuento, pero la época en la cual se habría desarrollado este hecho es bastante precisa y coherente, variando entre el 714 y el 734 de nuestra era. No hay particularidades sobre la composición de la tripulación del barco y de cómo hicieron los eclesiásticos para encontrar la isla sin dificultad, pero el cuento nos dice que cuando tomaron tierra en seguida quemaron el barco y destruyeron todos los instrumentos de navegación, así que nadie habría podido nunca regresar a España. Luego cada obispo fundó su propia ciudad en sitios distintos de la isla, de manera que surgieron siete viviendas o diócesis, por eso fue también llamada “Isla de las Siete Ciudades”. Pero su nombre más conocido fue el de Antilia, cuyo origen etimológico no es claro: según algunos deriva de el portugués *ante ilha*, es decir ‘isla opuesta’, respecto a Portugal, pero también podría derivar del latín medieval *ante illa*, ‘delante de ella’ (Europa), por estar situada más al Oeste del Viejo Mundo.



De cualquier forma, parece que la primera aparición de esta tierra sobre un documento se puede fechar al 1424, como demostraría un mapa conservado en la Biblioteca Phillipica de Gran Bretaña, donde al lado de la figuración de la isla aparece el texto “*ista ixola dixemo Antilia*”. Desde aquel momento, la isla fue puntualmente reportada en toda la cartografía siguiente, y en el mismo año del viaje de Alvise Da Mosto (1455) se publicó el mapa de Bartolomeo Pareto, que intentaba poner orden en la distribución de los archipiélagos atlánticos, que hasta aquel día todavía no estaban definidos con exactitud.

Aquí las Canarias ya aparecen perfectamente dibujadas, incluso los islotes menores, pero hay mucha inexactitud sobre el grupo de Madeira, cuyos contornos permanecen todavía

incierto, y sobre las Azores, que son solamente cinco y además en posición completamente equivocada. Mucho más arriba de Canarias aparece la denominación “*Insulle Fortunata Sact Brandany*”, como si se tratara de un archipiélago único. Esta denominación ya estaba desaparecida 116 años antes en el segundo mapa Dulcert (1339), donde aparecía en su lugar la denominación “*Insulle S[an]c[t]i Brandani sive puellar[um]*”.

En el extremo margen occidental del Mapa Pareto es reportada la gran isla de Antilla, cuya vieja forma es mantenida inalterada desde los mapas anteriores; la característica principal es su forma cuadrangular, algunas veces interrumpida por ensenadas o golfos, también distribuidos bastante equamente entre la costa oriental y occidental, generalmente en número de siete, ciertamente refiriéndose a las presumidas diócesis o ciudades de la leyenda. Puede ser que también Cristóbal Colón se trajera consigo algunos mapas que la figuraban, puesto que aparece sobre el mapamundi del cartógrafo y navegador portugués Martín Behaim, fechado en 1492, donde se lee esta nota:

En el año de Nuestro Señor 734, cuando toda España había sido vencida por los paganos de Africa, la Isla de Antilia, dicha de las Siete Ciudades, era habitada por un arzobispo de Porto, Portugal, acompañado por otros seis obispos y otros cristianos, hombres y mujeres que allí habían tomado refugio abandonando España por navío, juntos a sus ganados y a sus bienes. En el 1414 un barco español se acercó mucho a esta isla

En la Casa Museo de Colón hay una reproducción perfecta de dicho globo. Como se sabe, Colón vivió un período en Portugal, entonces encontró seguramente a este cartógrafo, pues podemos pensar que entre los proyectos de su viaje el genovés también tuviera la ambición secreta de redescubrir la mítica Antilia, de señalar finalmente su posición segura y definitiva y de tomar posesión de ésta en nombre de los Reyes Católicos. Este planisfero recogía todas las noticias geográficas (las seguras y también las inciertas) que se poseían hasta aquel año.

Después del mapamundi de Behaim también son famosos los dos mapas de Grazioso Benincasa, el primero de 1470 y el segundo, revisado y corregido, de 1482, que tomaron como base todos los cartógrafos siguientes. Aquí la isla aparece situada en la latitud de Lisboa, pero bien destacada de los grupos de Azores, Madeira y Canarias, pues no hay duda de que se creía que era una tierra distinta. Además, sus dimensiones son distintamente extendidas, puesto que en el mapa ocupa la misma distancia entre Tanger y Coimbra;² entonces se estimaba que hubiera unas 50 millas náuticas de ancho y unas 210 de largo con orientación Norte-Sur sobre el eje más largo y con una forma resueltamente cuadrangular, curiosamente respetada por todos los cartógrafos.

Esta extraña forma casi perfectamente rectangular es la característica más interesante. En el primer mapa de Benincasa de 1470 los golfos de la isla son aumentados hasta ocho, probablemente para respetar el concepto de simetría general que parece haber sido la peculiaridad más eminente de la isla, pero en su segunda versión (1482) este autor también reporta solamente siete ensenadas, sin todavía cambiar su inconfundible plan rectangular.

El mito de las Siete Ciudades tuvo ciertamente una larga difusión en toda la Edad Media, pues es fácil comprender el equívoco de Torriani, quien en su crónica identifica Antilla y San Borondón como la misma tierra:

... en el tiempo que los moros pasaron el estrecho de Gibraltar y empezaron a apoderarse de España, muchos españoles huyeron del furor de aquellos bárbaros y se recogieron a esta isla, donde fabricaron siete ciudades. La principal de ellas tiene un arzobispo, y cada una de las otras seis, un obispo; por lo cual la llamaron los franceses isla de las Siete Ciudades.

El texto de Torriani contrasta con los mapas y con las convicciones de los cartógrafos también porque cree que Antilia está cerca de Canarias y que es fácilmente alcanzable ya que solamente se necesitan 24 horas de viaje, y para sustentar su tesis cita la presumida expedición de Roque Nuñez, pero resulta poco convincente que un navegador de aquel tiempo pudiera renunciar a desembarcar en una isla desconocida y a tomar posesión de esa solamente para fútiles motivaciones:

Año de 1556, Roque Nuñez, portugués, junto con dos hijos suyos y con un cura de La Palma llamado Martín de Araña, salieron de La Palma para descubrir esta isla. Después de haber navegado toda la noche y el día siguiente, la vieron al caer de la noche; y, siguiendo su viaje rumbo a la tierra, surgió debate entre el cura y Roque Nuñez, sobre quién de ellos debía desembarcar primero ; y, como no se pusieron de acuerdo, volvieron a La Palma, sin conseguir completamente lo que buscaban.

Igualmente pueril e increíble parece el cuento de una segunda búsqueda frustrada, la de Marcos Verde, quien no alcanzó a desembarcar en la isla aun después de haber echado la ancla delante de su playa:

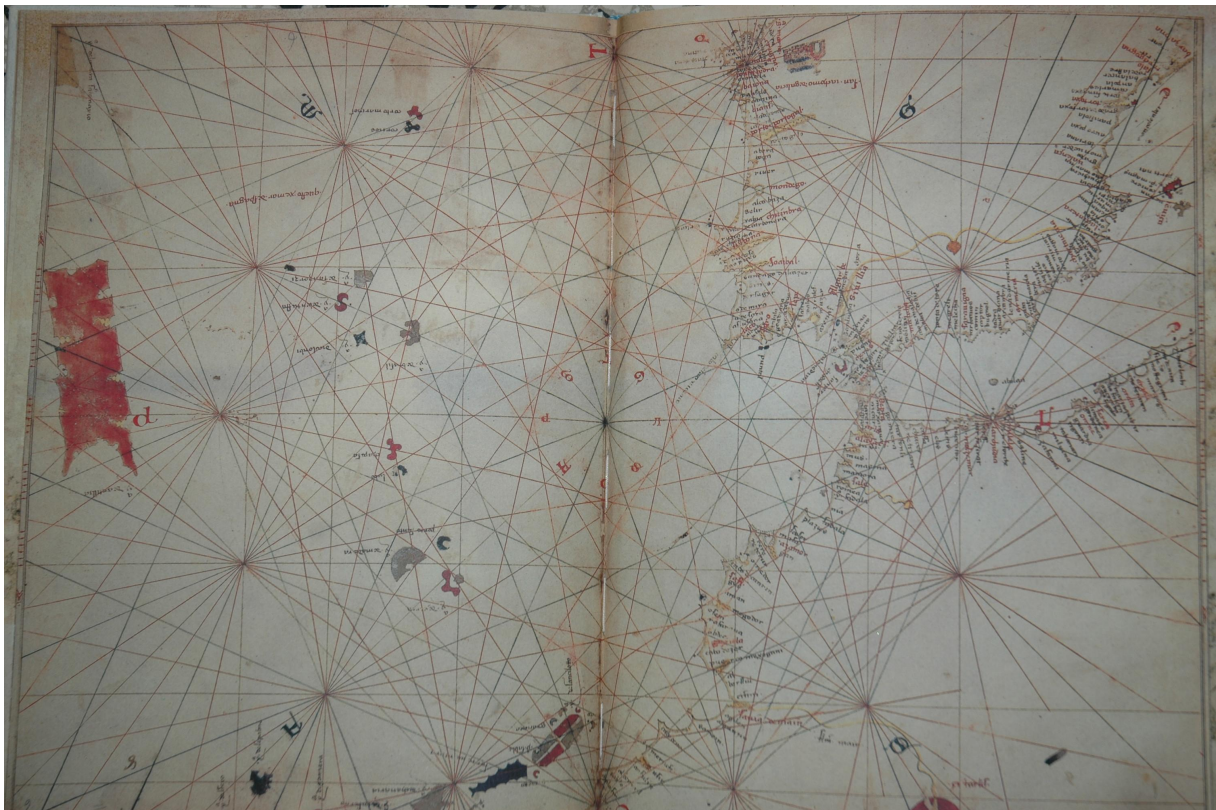
Allí echaron el ancla en la desembocadura de un río, al anochecer, porque, como no conocían la tierra, no se atrevieron a desembarcar. Pero, durante la noche, el viento que salía de aquel baranco, junto con la corriente del mar, hizo que el navío se alejase tanto de la tierra, que dejaron de verla. Tanto él como sus compañeros pensaron que aquella isla era la de Antilia, que volgarmente en estas islas Canarias se llama San Borondón.

También hubo otras tentativas o avistamientos que Torriani cita: los de Hernando de Villalobos, de Galderique Pags y de John Hawkins-alias Juan Acles, que no representan ninguna prueba pero aparecen como charlas de puerto que el autor probablemente reportó solamente con espíritu de plenitud de información para sus lectores.

En la edición de prensa más moderna y consultada del libro de Torriani (1978) además aparece la lámina de una isla que dice que es la de San Borondón, pero en realidad ésa coincide perfectamente con los contornos cuadrados de Antilia y con su siete golfos, como aparece dibujada en varios mapas y atlantes de diferentes épocas, incluso el bien conocido mapamundi de Andrea Bianco, actualmente conservado en Venecia.

El *Atlante* de Andrea Bianco es una obra extraña de gran valor histórico, que resume y traduce gráficamente el concepto medioeval tardío del mundo en un planisfero, con notas que, en aquella época, podían informar los navegadores de los últimos conocimientos del mundo. ¿Pero por qué este mapamundi de Venecia es tan importante? Porque solamente cuarenta años antes el diplomático bizantino Manuele Crisolora, transferido en Florencia en 1397, había introducido por primera vez en Italia la obra geográfica de Tolomeo, luego el cartógrafo y astrónomo Andrea Bianco pudo ser uno de los primeros en Europa que integraron los antiguos datos griegos con las otras obras cosmográficas y con las noticias obtenidas por los

navegadores venecianos. Todo eso fue también posible gracias al trabajo del *scriptorium* activo en el monasterio de la isla veneciana de San Michele (hoy cementerio de la ciudad), donde también obraba el gran geógrafo y astrónomo Frà Mauro de Camaldoli:³ esta oficina de copistería iba produciendo manuscritos de gran calidad, y a eso estaba asociado un centro cartográfico que, entre sus obras mas notables, produjo el famoso *Mapamundo* de Fray Mauro (cerca de 1450), considerado el documento cartográfico más importante de la Edad Media tardía, también hoy conservado en la Biblioteca Marciana de Venecia. A dicho *atelier* confluían todos los últimos descubrimientos geográficos y muchos investigadores piensan que aquí fueron también disponibles la mayoría de las fuentes árabes contemporáneas: en este ambiente cultural trabajaba entonces Andrea Bianco (cuyo nombre puede tal vez aparecer también en forma latinizada como *Andrea Blanco*), quien era un navegador experto.



Aun cuando Fernán Colón escribió la biografía de su padre y de sus viajes atlánticos la existencia de Antilia ya parecía una certeza, ya que este autor la sitúa con medidas precisas, diciendo que se encuentra a una latitud comprendida entre Azores y Canarias, pero trasladada más al Oeste de 200 leguas (es decir 680 millas náuticas). Evidentemente, se había confundido con algunas de las islas mayores del Caribe, donde este nombre quedaría luego definitivamente.



En algunos mapas se ha añadido otra isla cercana, mucho más pequeña y redondeada, cuyas denominaciones son muchas y diferentes: este detalle conduce a pensar que se hubiera creado una cierta confusión representando algunas islas del Caribe, ya que una isla muy grande con una mas pequeña en la cercanía podrían ser Cuba y Jamaica o Santo Domingo y Puerto Rico. Uno de los primeros textos donde se identifica esta duda pertenece al cartógrafo portugués Antonio Galvão, quien sospechaba este equívoco ya en 1447, anotando que “tendría que tratarse de aquel país llamado *Noua Hispania*”.

Entre 1452 y 1486 los portugueses organizaron varias expediciones para buscar de esta fantástica isla, pero todas fueron sin éxito; entonces el reino de Portugal muy pronto perdió su interés en esta empresa.

La convicción absoluta de que la isla existía verdaderamente ocupó todo el siglo xv, pues ningún cartógrafo se olvidó de dibujarla en sus mapas. Solamente hacia 1587 empezaron a surgir incertitudes más pesadas, *de facto*, es desde esta fecha cuando Antilia empieza ser omitida en mapas, sin duda después del conocimiento ya adquirido de la region del Caribe.

Después de la gloriosa fase de los grandes descubrimientos geográficos (desde la segunda mitad del siglo xv hasta la primera mitad del xvi) también las cartas náuticas y los mapamundis sufrieron importantes modificaciones, pero la isla de San Borondón no desapareció: se trasladó hacia latitudes más septentrionales y longitudes más occidentales, casi regresando al mar hiperbóreo donde su leyenda se había originado muchos siglos antes. Tenemos dos mapas más, primero el de Abramo Ortelio (1570), donde aparece situada en proximidades de las costas del Labrador, más o menos en la misma posición que encontramos en algunas décadas después la carta de R. Petri (siglo xvii): ahora la isla nos presenta contornos bastante naturales, que la convierten en más creíble, y que aún continúa siendo una tierra no encontrada.

La vicisitud se concluye en fin propio en estos mares norteamericanos, puesto que en 1840 algunos pescadores emigrados de Irlanda se establecieron sobre una isleta sin nombre cerca de la cuesta de Terranova y allí, deseando recordar a su querido santo Brendon, le pusieron este nombre: ¡al final la mítica isla existía realmente! Pero desgraciadamente el nombre no se mantuvo, ya que en 1884 la pequeña isla se rebautizó con el nombre de Cottell Island, nombre que ha persistido hasta hoy.

Autor	Fecha aproximada
Angelino Dulcert	1339
Cristoforo Buondelmonti	1420
Giovanni Pizzigano	1424
Andrea Bianco	1436
Fra' Mauro da Camaldoli	1450
Bartolomeo dalli Sonetti	1485
Benedetto Bordone	1528
Gianfrancesco Camocio	1572
Tommaso Porcacchi	1572
Vincenzo Coronelli	1696

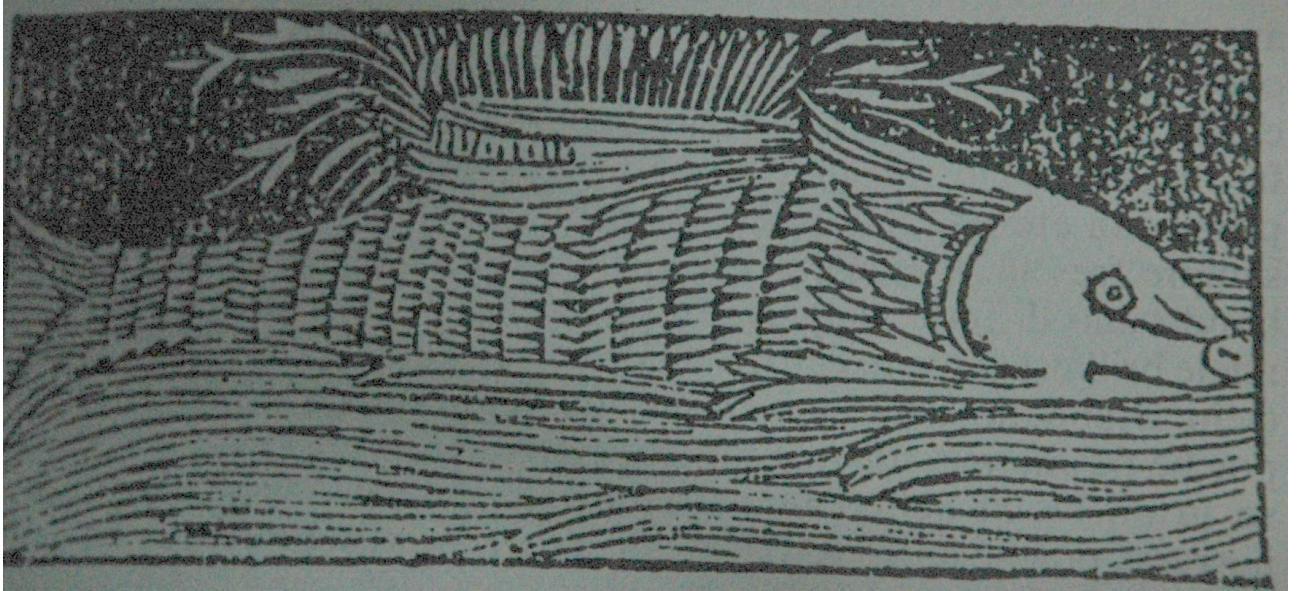
Principales cartas náuticas de los siglos XIV-XVII



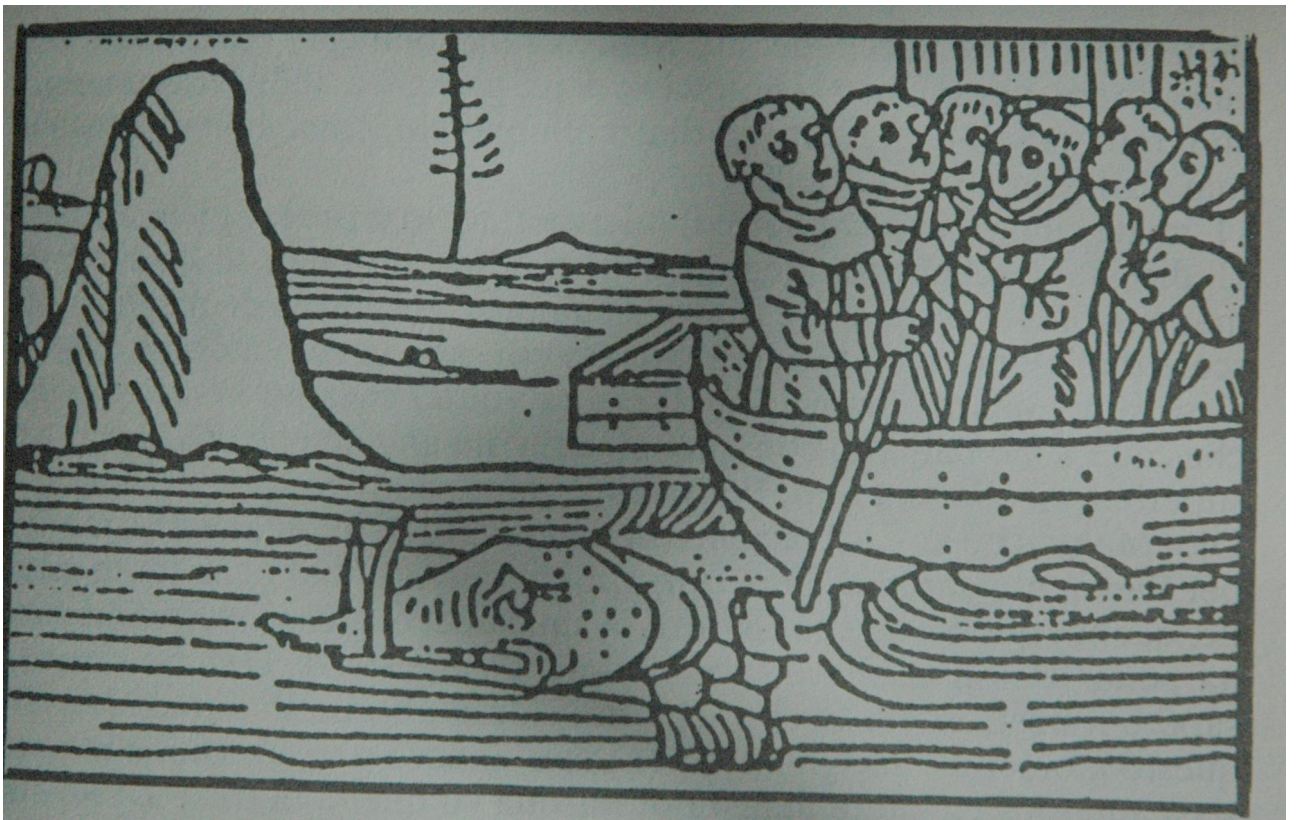
CARACTERÍSTICAS CARTOGRÁFICAS DE LA CARTA DE ANDREA BIANCO

- Desembocaduras de ríos en amarillo
- Ensenadas semicirculares
- Islas en rojo
- Lagos en forma de amanda
- Líneas de cuesta en tinta sepia
- Líneas losodrómicas en rojo, verde y marrón
- Montañas en forma de trébol
- Promontorios triangulares
- Rosa náuticas con 16 direcciones, con las iniciales de los cuatro vientos principales (Ostro, Ponente Tramontana, Levante) y con los cuatro vientos intermedios (Affricino o Garbino, Maestro, Greco, Scirocco)
- Escollios emergidos en negro
- Topónimos en marrón y rojo

REPERTORIO ICONOGRÁFICO



La ballena en la interpretación iconográfica del Libellus de Natura Animalium (1534), donde el gran animal tiene en su dorso un pequeño bosque que sugiere la idea de “isla viviente”.



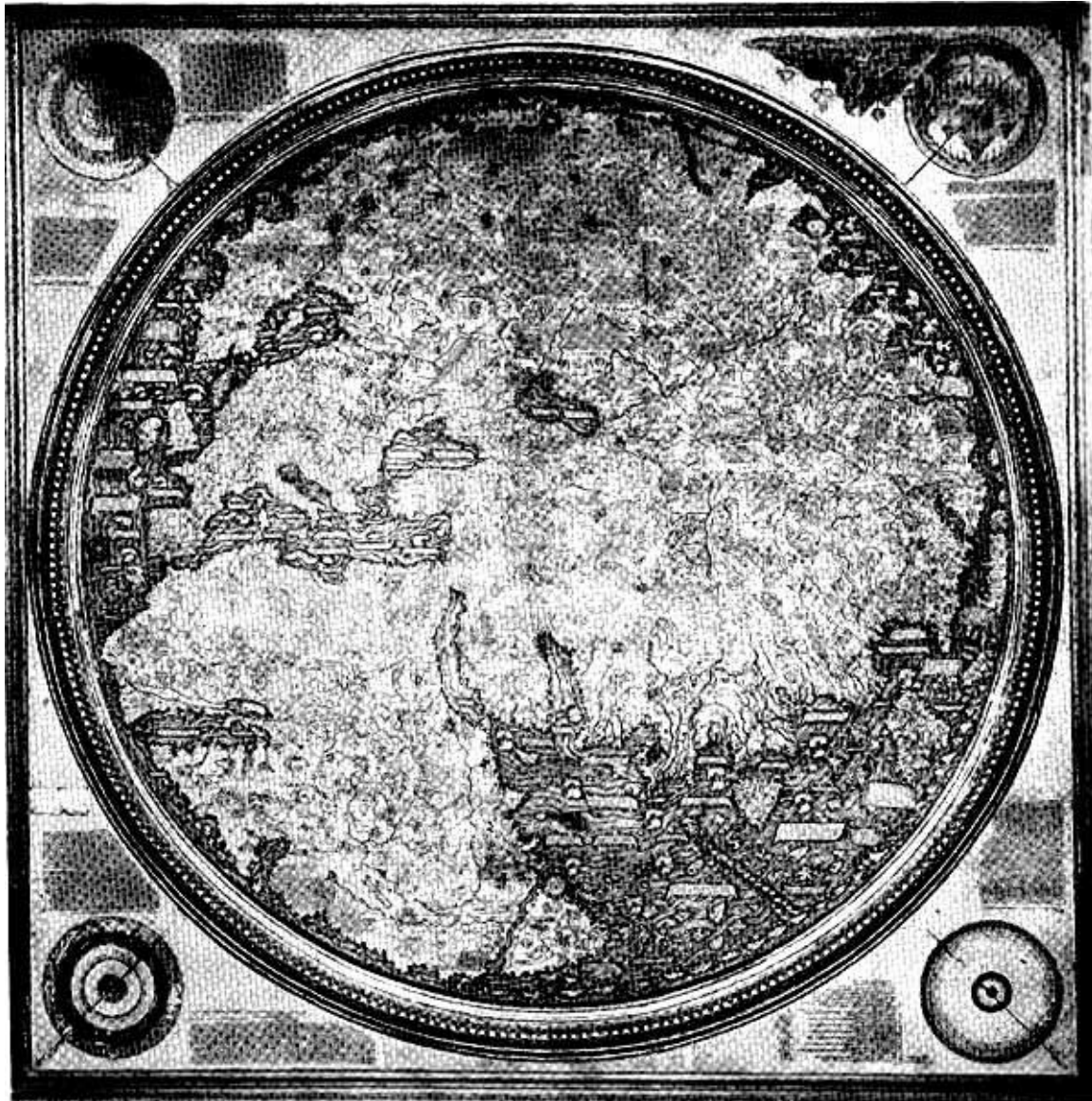
Dibujo del XVI siglo que representa a San Borondón con su tripulación de frailes cuando encuentran el pez Jasconius.



Venecia, Isla de San Miguel, hoy cementerio de la ciudad lagunar. En la antigüedad esta estructura correspondía al convento de los camaldoleses, en cuyo taller cartográfico trabajaron Fray Mauro y Andrea Bianco.



Otra vista de la isla de San Miguel, tomada desde Venecia.



Mapamundi de Fray Mauro (Venecia. Biblioteca Marciana)

BIBLIOGRAFÍA

Manuscritos

Italianos

Ms. *Borgiano Latino 767*, f. 253, Roma, Biblioteca Apostólica Vaticana.

Ms. F.260 Inf.: Andrea Bianco, *Carta nautica*, Milano, Biblioteca Ambrosiana.

Extranjeros

Ms. Egerton 73: *Atlante Cornaro*, London, British Library.

Fuentes de la Biblioteca Marciana de Venecia

Manuscritos venecianos

Archivio notarile, Testamenti, b. 1070, n. 45 e b. 1000, n. 303, Venecia, Archivo Estatal.

Collegio, Notatorio, regg. 6-10, Venecia, Archivo Estatal.

Frà Mauro da Camaldoli, *Mappamondo* (planisferio, circa 1450), Venecia, Biblioteca Marciana.

Ms. It. Z. 76 (= 4783): Andrea Bianco, *Atlante*, Venecia, Biblioteca Marciana.

Ms. Ris. 99: Jacopo Morelli, *Codices mss. lat. it. ex Catal. Zanetti illustrati*, ff. 288-294, Venecia, Biblioteca Marciana.

Scuola Grande di S.ta Maria della Misericordia, reg. 3, Venecia, Archivo Estatal.

Obras en prensa

AA.VV., *Navigatori Veneti del Quattrocento e del Cinquecento (Catálogo de la exhibición)*, Venecia, 1957.

ALMAGIÀ, R., *Monumenta Cartographica Vaticana, vol. I: Planisferi, carte nautiche e affini dal secolo XIV al XVII*, Città del Vaticano, 1944.

AMAT DI SAN FILIPPO, P., “Nota illustrativa del planisfero disegnato nel 1436 dal Veneciano Andrea Bianco”, *Bollettino della Società Geografica Italiana, Serie II, XIII*, 1879, pp. 560-570.

BEVILACQUA, E., “Geografi e cosmografi”, Vicenza, Neri Pozza, *Storia della cultura veneta, vol. 3*, 1900, t. II, pp. 355-373.

BONFIGLIO DOSIO, G. (por cura de), *Ragioni antiche spettanti all'arte del mare et fabbriche de' vasselli. Manoscritto nautico del secolo XV*, Venecia, Comitato per la pubblicazione delle fonti relative alla storia di Venezia, 1987.

CAMPBELL, T., “Census of Pre-Sixteenth Century Portolan Charts”, *Imago Mundi*, 30, 1906, pp. 67-94.

—, “Portolan Charts from the Late Thirteenth Century to 1500”, Chicago-London, The University of Chicago Press, *Cartography in Prehistoric, Ancient and Medieval Europe and the Mediterranean*, 1987, pp. 371-463.

CANALE, M.-G., *Storia del commercio, dei viaggi, delle scoperte e delle carte nautiche degli Italiani*, Genova, Tip. Sociale, 1866, pp. 447-453.

CICOGNA, E.A., *Delle iscrizioni Veneziane, vol. 5*, Venecia, Molinari, 1842.

- CONTERIE, A., “L’arte del navigar: cultura, formazione professionale, ed esperienze dell’uomo di mare Veneciano del XV secolo”, Genova, Soc. Ligure di Storia Patria, *L’uomo e il mare nella civiltà occidentale da Ulisse a Cristoforo Colombo*, 1992, pp. 187-225.
- CONTERIO, A. (por cura de), *Pietro Di Versi: Raxion de’ marineri. Taccuino nautico del XV secolo*, Venecia, Comitato per la pubblicazione delle fonti relative alla storia di Venecia, 1991.
- D’ALBERTIS, E.A., “L’arte nautica ai tempi di Colombo”, Roma, *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana per il quarto centenario della scoperta dell’America, parte IV, vol. I*, 1893, pp. 125-152.
- DE LA RONCIÈRE, Ch., *La découverte de l’Afrique au Moyen Âge, vol. II: “Le périple du continent”*, Le Caire, Société Royale de Géographie d’Égypte, 1925.
- DE SANTAREM, M.F., *Essai sur l’histoire de la cosmographie pendant le Moyen Âge, vol. III*, Paris, Maulde et Renou, 1852.
- DESIMONI, C., “Osservazioni sovra due portolani di recente scoperti, e sovra alcune proprietà delle carte nautiche”, *Giornale Ligustico*, II, 1875, pp. 264-285.
- DESTOMBES, M., *Mappamondo A.D. 1200-1500*, Amsterdam, N. Israel, 1964.
- Dizionario Biografico degli Italiani, ad vocem “Bianco”, vol. 10*, Roma, 1968.
- ERRERA, C., “Della carta di Andrea Bianco del 1448”, Roma, *Memorie della Soc. Geografica Italiana*, vol. 5, 1895.
- , “Atlante e carte nautiche dal secolo XIV al XVII conservate nelle biblioteche pubbliche e private di Milano, III”, *Rivista Geografica Italiana*, 3, n. 7, 1896, pp. 388-389.
- FISCHER, T. (por cura de), *Fac-simile della carta nautica di Andrea Bianco dell’anno 1448*, Venecia, Ongania, 1881.
- , “Über italienische Seekarten und Kartographen des Mittelalters”, *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, XVI, 1882, p. 51.
- , *Sammlung Mitteralterlicher Welt-und Seekarten italienischen Ursprungs*, Venecia, Ongania, 1886.
- FORMALEONI, V., “Appendice all’ottavo libro dei viaggi in Africa”, Venecia, Formaleoni, *J.F. de La Harpe: Compendio della storia generale de’ viaggi, vol. 20*, 1782.
- FRATI, C. y SEGARIZZI, A., *Catalogo dei codici marciani italiani*, Modena, Ferraguti, 1909.
- GASPARONI LEPORACE, T. (por cura de), *Il mappamondo di Frà Mauro*, Roma, Ist. Polig. d. Stato, 1956.
- GAULTIER DALCHÉ, P., “D’une technique à une culture: carte nautique et portulan au XVI^{ème} et au XVII^{ème} siècle”, Genova, Soc. Ligure di Storia Patria, *L’uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo*, 1992, pp. 283-312.
- HUMBOLDT, A. Von, *L’invenzione del Nuovo Mondo. Critica della conoscenza geografica*, Florencia, La Nuova Italia, 1992.
- KRETSCHMER, K., *Die Entdeckung Amerikas in ihrer Bedeutung für die Geschichte des Weltbildes*, Berlin, Köhl, 1892.
- , “Die italienische Portolane des Mittelalters”, *Veröffentlichungen des Instituts für Meereskunde und des Geographischen Instituts*, 13, 1909, pp. 130-132.
- LELEWEL, J., *Géographie du Moyen Âge, vol. II*, Bruxelles, 1857.

LUCAS, Fred W., *The Annals of the Voyages of the Brothers Nicolò and Antonio Zeno in the North Atlantic*, London, Stevens & Stiles, 1898.

MACCAGNI, C., “Dal Mediterraneo all’Atlantico: scienze nautiche e strumenti”, Genova, Soc. Ligure di Storia Patria, *L’uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo*, 1992, pp. 379-420.

MILLER, K., *Mappamundi. Die ältesten Weltkarten, parte III*, Stuttgart, Rotsche Verlagshandlung, 1895.

MITTARELLI, G.B., *Bibliotheca Codicum Manuscriptorum Monasterii Scti Michaelis Venetiarum*, Venecia, ex Typ. Fentiana, 1779.

MÜNSTER, M. e RESCHEL, O. (por cura de), *Der Atlas des Andrea Bianco von Jahre 1436*, Münster, Venedig, H.F. & M., 1869.

RUSCELLI, G., *Expositioni et introductioni universali sopra la Geografia di Tolomeo*, Venecia, V. Valgrisi, 1561.

TUCCI, U., “La pratica della navigazione”, Roma, Ist. dell’Enciclopedia Italiana, *Storia di Venecia, vol. 12: “Il Mare”*, 1991, pp. 527-559.

ZORZI, M. (por cura de), “Scheda descrittiva dell’Atlante marciano di Andrea Bianco”, Florencia, Cardini, *Biblioteca Marciana di Venecia*, 1988.

ZURLA, P., *Il mappamondo di Frà Mauro*, Venecia, 1806.

Otras Fuentes modernas:

AA.VV., *I navigatori veneti del Quattrocento e del Cinquecento (Catálogo de la exhibición)*, Venecia, Ed. Ferrari, 1957.

Allgemeines Künstler-Lexicon. Die bildenden Künstler aller Zeiten und Volker, Leipzig, Seeman, 1983-.

ALMAGIÀ, R., “Intorno alle carte e figurazioni annesse all’Isolario di Benedetto Bordone”, *Maso Finiguerra, II*, 1937, pp. 170-186.

—, *Planisferi e carte nautiche affini dal secolo XIV al XVII esistenti nella Biblioteca Apostolica Vaticana*, Città del Vaticano, 1944.

ARMSTRONG, L., “Benedetto Bordone Miniator and Cartography in early Sixteenth Century Venice”, *Imago Mundi, 48*, 1996.

ASHE, G., *Land to the West: St. Brendan’s Voyage to America*, New York, Viking, 1962.

BAARSLAG, K., *Islands of Adventure*, New York, Farrar & Rinehart, 1940.

BABCOCK, W. H., “Legendary islands of the Atlantic: a study in Medieval Geography”, Greenwich – Connecticut, American Geographical Society, *Research Series 8*, 1992 (Reprint 1972).

BENITO RUANO, E., “La octava isla, San Borondón, en Canarias”, *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 1950.

BIADENE, S. (por cura de), *Carte da Navigar. Portolani e carte nautiche del Museo Correr 1318-1732*, Venecia, Marsilio, 1990.

BONNET REVERON, B., “La isla de San Borondón”, *Revista de Historia, II*, 1937, pp. 227-235.

—, “La isla de San Borondón”, *Revista de Historia, III*, 1929, pp. 3-11.

- CASANOVA, L., "Inventario dei portolani e delle carte nautiche del Museo Correr", *Bollettino dei Musei Civici Veneciani*, 3-4, 1957, pp. 17-36.
- CASTI, B., *L'ordine del mondo e la sua rappresentazione. Semiosi cartografica e autoreferenza*, Milano, Unicopli, 1998.
- DAINELLI, G., *La conquista della terra. Esplorazioni ed esploratori*, Torino, Utet, 1960, vol. 2.
- DALL'AGNOLA, M. y BEVILACQUA, A., "Testificación de un navegante-etnólogo del siglo XV: Alvise da Mosto", Las Palmas, *IX Coloquio de Historia Canario-americana (1990)*, 1992, T. II, pp. 755-767.
- DALL'AGNOLA, M. y DE VITA, A., "Su una caravella Veneciana", *Geodes 1*, 1984, pp. 68-75.
- DAMES, M., *Mythic Ireland*, London, Thames & Hudson, 1992.
- DE LA RONCIÈRE, I. y DU JOURDIN, M.M., *Les portulans. Cartes marines du XIII^{ème} au XVII^{ème} siècle*, Fribourg, Office du Livre, 1984.
- DE SINNER, G. R. L. [= von Sinner], *Christophori Buondelmontii Florentini "Librum Insularum Archipelagi" et codicibus Parisinis regiis nunc primum totum edidit, præfatione et annotatione instruxit G.R.L. de S.*, Lipsia, Berolini, 1824.
- DONATTINI, M., *Vincenzo Coronelli e l'immagine del mondo fra isolari e atlanti*, Ravenna, Longo, 1998.
- , *Spazio e modernità. Libri, carte, isolari nell'età delle scoperte*, Bologna, Clueb, 2000.
- DONAZZOLO, P., *I viaggiatori veneti minori*, Roma, Società Geografica Italiana, 1927.
- FALCHETTA, P. (por cura de), *Andrea Bianco de Veneciis me fecit MCCCCXXXVI*, Venecia, Arsenale, 1993.
- , *Battista Agnese e l'atlante marciano del 1554-1556*, Venecia, Canal Multimedia, 1996.
- , *Andrea Bianco, Atlante Nautico 1436*, Venecia, Arsenale, 1993.
- GASPARINI LEPORACE, T., *Il nuovo Ramusio vol. V*, Roma, Ist. Poligr. d. Stato, 1966.
- HASKEL, F., *History and its images*, Yale University Press, 1993.
- JACOB, C., *L'empire des cartes. Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*, Paris, Michel, 1992.
- KIRTLAND WRIGHT, J., *The Geographical Lore of the Time of the Crusades: a Study in the History of Medieval Science and Tradition in Western Europe*, New York, American Geographical Society, 1925 (Ristampa 1965).
- KRETSCHMER, K., *Die italienischen Portolane des Mittelalters: ein Beitrag zur Geschichte der Kartographie und Nautik*, Berlin, 1909.
- LAGO, L., *Imago mundi et Italiae. La versione del mondo e la scoperta dell'Italia nella cartografia antica (secoli X-XVI)*, voll. 2-3 (*Catálogo de la exhibición*), Trieste, La Mongolfiera, 1992.
- LECOY DE LA MARCHE, A., *Anecdotes historiques, légendes et apologues d'Étienne de Bourbon dominicain di XIII^{ème} siècle*, Paris, Renouard, 1877.
- LESTRIGANT, F., *L'atelier du Cosmographe*, Paris, Michel, 1992.
- LIBIERATOS, E. (por cura de), *Raggi di venti sul mare. Mostre di carte nautiche manoscritte del XVI secolo provenienti dal Museo Correr di Venecia (Catálogo de la exhibición)*, Thessaloniki, Ethnike Charteke, 2000.
- MANNY, R., "Navigations arabes anonymes aux Canaries au XIII^{ème} siècle", *Notes Africaines*, 1960.

- MARASSO, L. e STOURAITI, A., *Immagini dal mito*, Venecia, Fond. Querini-Stampalia, 2001.
- MARKHAM, C.R. (por cura de), *Book of Knowledge of all Kingdoms, Lands and Lordships that are in the world, and the Arms and Devices of each Land and Lordship, or of the Kings and Lords who Possess Them (1340), con note di M. Jiménez de la Espada (1877)*, London, Haklyut Society, 1912 (Reprint 1967).
- MAZZARIOL, G. (por cura de), *Catalogo del fondo cartografico queriniano*, Venecia, Lombroso, 1959.
- MILANESI, M. (por cura de), *L'Europa delle carte, dal XV al XIX secolo, autoritratti di un continente (Catálogo de la exhibición)*, Milano, Mazzotta, 1990.
- NORDENSKIOLD, B.E., *Periplus: an essay on the early history of charts and sailing directions*, Stockholm, P.A. Norstedt & Soner, 1897.
- O'HANLON, J., *Lives of the Irish Saints... Compiled from Calendars, Martyriologies, and various Sources Relating to the Ancient Church History of Ireland (5 voll.)*, Dublin, Duffy, 1875.
- O'MEARA, J. (por cura de), *The Voyage of Saint Brendan: Journey to the Promised Land (Navigatio Sancti Brendani Abbatis)*, Atlantic Highlands (New Jersey), Dolmen Press & Dublin Humanities Press, 1978.
- PALAGIANO, C., ASOLE, A. y ARENA, G., *Cartografia e territorio nei secoli*, Roma, NIS, 1984.
- PASTOUREAU, M., *Les atlas françaises XVI^{ème} – XVII^{ème} siècles*, Département des cartes et plans, Bibliothèque Nationale de Paris, 1984.
- PRESCIUTTINI, P., *Coste del mondo nella cartografia europea 1500-1700*, Ivres, Priuli & Verlucca, 2000.
- RAMUSIO, G.B. (a cura di M. Milanese), *Navigazioni e viaggi*, Torino, Einaudi, 1978-1988.
- SALGARO, S., “Il topografo nella Repubblica Veneta del XVI secolo: gli albori di una professione ancora indefinita”, Roma, *Cartografia e istituzioni in età moderna*, 1987, pp. 315-343.
- SCHULZ, J., *La cartografia tra scienza e arte*, Modena, Panini, 1990.
- SELMER, C. (por cura de), *Navigatio Sancti Brendani Abbatis: from Early Latin Manuscripts*, Dublin, Four Courts, 1989.
- SEVERIN, T., *The Brendan Voyage*, New York, McGraw-Hill, 1978.
- SHORT, I. y MERRILEES, B. (por cura de): *The Anglo-Norman Voyage of St. Brendan/Benedeit*, Manchester, Manchester University Press, 1979.
- SIDDAL, W. R., “Transportation and the experience of travel”, *Geographical Review* 77, 3, 1987.
- SKELTON, R. A., *Benedetto Bordone, Libro ... de tutte l'isole del mondo, Venice 1528, with an introduction by R.A. Skelton*, Amsterdam, Theatrum Orbis Terrarum Ltd., 1966.
- TONINI, C. y LUCCHI, P. (por cura de), *Navigare e descrivere. Isolari e portolani del Museo Correr di Venecia XV-XVIII secolo*, Venecia, Marsilio, 2001.
- TUCCI, U., “La carta nautica”, *Carte da Navigar. Portolani e carte nautiche del Museo Correr 1318-1732, por cura de S. Biadene*, Venecia, Marsilio, 1990.
- TURRI, E., “La cartografia dei primitivi”, Touring Club Italiano, *Le vie del mondo, I*, 1958.
- UZIELLI, G. y AMAT DI SAN FILIPPO, T., *Mappamondi, carte nautiche, portolani ed altro monumenti cartografici specialmente italiani dei secc. XIII-XVII*, Soc. Geografica Italiana, 1882.
- WAGNER, H. R., “The manuscript atlases of Battista Agnese”, *The Papers of the Bibliographic Society of America*, 25, 1931.

—, “Additions to the manuscript atlases of Battista Agnese”, *Imago Mundi*, 4, 1947, pp. 18-30.

WALTER, H., “Il dibattito cinquecentesco sullo status zoologico dell’unicorno”, Milano, Nuovi Orizzonti, *L’uomo e la natura nel Rinascimento, a cura di L. Rotondi Secchi Tarugi*, 1996.

ZÜGNER, L., *Der Weltatlas des Antonio Millo von 1586*, Süssen-Württemberg, Kommentar, 1988.

NOTAS

- ¹ En total conocemos aproximadamente 120 manuscritos en latín de distintas épocas, porque se siguió copiando este texto hasta el siglo XV, obviamente introduciendo muchas variaciones, como en general ocurría en todos los trabajos de copia. Pero puesto que este cuento tuvo un grandísimo éxito en la Edad Media, sabemos que fue traducido también en otros idiomas europeos de dicha época, entre ellos el anglonormando, el catalán, el flamenco, el francés, el italiano, el noruego y el alemán. También se conocen versiones en forma de poemas.
- ² En el texto de Torriani se habla de “264 millas de largo y 93 de ancho”, pero el autor se refiere a la medida en uso en el siglo XV. El texto precisa que la distancia hacia Occidente desde la isla de La Palma es “de 70 leguas españolas, que son 240 millas italianas”.
- ³ Bajo el nombre de Frà Mauro se bautizó uno de los más grandes cráteres de la cara visible de la Luna, en recuerdo de la actividad del monje como astrónomo. Uno de los particulares más interesantes del Mapamundi del abad es en el que figura África como si fuera un continente completamente rodeado de mar, pues teóricamente circunnavegable, aun faltando todavía medio siglo antes del viaje de Bartolomeo Díaz.